

TELECINCO

Jorge Freire, filósofo: “El buen rollo es una de las formas que adopta el consenso para abolir la disidencia”

[Miguel Manso de Lucas](#)

Madrid

01/01/2024

El pensador madrileño publica ‘La banalidad del bien’, ensayo donde denuncia el exhibicionismo moral y la molicie como dolencias de nuestro tiempo

- “Cuando el bien no se sustancia en la vida buena no queda sino el buenismo”, explica, y alerta de la sustitución de la virtud por los valores

El mundo moderno está lleno de virtudes cristianas que se han vuelto locas, decía Chesterton. Y Jorge Freire (Madrid, 1985) podría añadir que está lleno de palabras huecas. Son palabras como la empatía, el honor, la honra o el mérito. En general, nos avisa este filósofo, hay mucho buenismo en las palabras y poco bien en los hechos.

Lo denuncia en *La banalidad del bien* (Ed. Páginas de Espuma), un ensayo que desenmascara una enfermedad de nuestro tiempo: la renuncia de las viejas virtudes (que no han cambiado ni pueden cambiar), y su sustitución por los valores (que nadie sabe muy bien lo que son) y por el exhibicionismo moral y la molicie (que nos enviscan y amurrian).

Pregunta: Sostienes que “pensar es siempre pensar contra alguien o pensar contra algo”.

Respuesta: Para definir tu postura, lo más recomendable es empezar criticando. Los teólogos medievales hablaban de la vía negativa: en lugar de decir qué es Dios, decimos lo que no es Dios.

Pregunta: Y así haces con el bien.

Respuesta: En lugar de definir qué es el bien en mayúsculas, que es un tema bastante peliagudo, lo que hago es lanzar todos mis dardos contra el bien y los bienes en minúsculas, contra el buenismo, contra el exhibicionismo moral, contra la conversión del bien en bienes y la venta de bienes al peso. Cuando dejas claro lo que no es el bien, el camino queda despejado.



Pregunta: Hagamos lo mismo con la virtud.

Respuesta: Si tengo que poner un ejemplo de virtud te diría que es el honor. ¿Qué es el honor? Es el respeto a la palabra dada, por uno mismo y por los demás. Es la obligación de comparecer ante tu propia conciencia, no buscar el aplauso de los que te rodean. Es mirarte al espejo y darte cuenta de que lo has hecho bien. El honor es el fulcro en el que se apoya la virtud.

Pregunta: Frente a la virtud de siempre, los valores de ahora.

Respuesta: La virtud obliga a recorrer un camino solitario y oneroso. Por eso, nuestros coetáneos prefieren los valores, que no obligan a nada. Basta con colgárselos del pecho como si fueran blasones. Yo digo entre bromas y veras que los únicos valores que hay son los valores bursátiles, que buscan un rendimiento y un beneficio. Me visto de buena persona para conseguir algo.

Pregunta: ¿Un ejemplo?

Respuesta: Los departamentos de marketing de las grandes multinacionales, incluso algunas de las más contaminantes del mundo, halagan la buena conciencia de sus consumidores. Así se muestran como adalides de la causa medioambiental. Eso son valores, porque son valores bursátiles. Muestras

tus valores si te dueles de la suerte de alguien en redes o firmas un manifiesto. En cambio, las virtudes y los principios te obligan a algo.

Pregunta: ¿Cómo aspirar a la virtud?

Respuesta: San Agustín hablaba del *pondus in altum*, una especie de fuerza que te impulsa hacia arriba, que te levanta hacia lo alto y te obliga a dar la mejor versión de ti mismo. Algo que te obliga a levantar la cabeza: un horizonte al que seguramente nunca llegues.

Pregunta: Los ideales.

Respuesta: Cuando Julio César llega al templo de Hércules en Cádiz se topa con un busto de Alejandro Magno. Rompe a llorar porque nunca será Alejandro. Nunca llegará hasta el Hindú Kush con 23 años. Su ideal era ese, pero nunca va a alcanzarlo. Tu ideal te obliga a moverte, aunque no lo alcances. Yo creo que eso está muy bien.

Pregunta: Eso fuerza a tener coraje.

Respuesta: Todo sistema productivo tiene un tipo antropológico. El capitalismo, tal y como lo entendíamos hace décadas, tenía un tipo psicológico basado en el ahorro, en la represión de los sentimientos y en los lazos familiares. Sin embargo, el nuevo capitalismo fabrica otro tipo antropológico: una persona sin ataduras, convencida de que es el único artífice de su ventura, que se basta y sobra, que es el no va más, o como diríamos ahora, el puto amo.

Pregunta: “El hombre sin corazón”, de C. S. Lewis.

Respuesta: Alguien que no debe nada a nadie, que no necesita del concurso de la comunidad para realizarse. El imperativo de autorrealización es un imperativo solitario, solipsista y narcisista. Eso genera personas completamente ajenas a la virtud, que no saben contenerse: la molicie.

Pregunta: Ya hablaste de ello en tu ensayo *Hazte quién eres* (Ed. Deusto).

Respuesta: Sí, el estoicismo es ir a contracorriente de una sociedad que te impele a todo lo contrario. Defiende el autocontrol, el autodomínio, que sepas gobernarte. Sin embargo, hoy el sistema busca lo contrario, que nos abandonemos en la corriente, que flotemos en aguas oscuras, que nos dejemos llevar, que no nos anclamos a nada, que no tengamos raíces.

Pregunta: ¿Por qué cunde el desarraigo?

Respuesta: ¿Por qué hoy cada vez más gente se dice presa de la anomia, del aislamiento y de la soledad no deseada? Bueno, pues, entre otras cosas, por el desleimiento del lazo comunitario, por el fin de las redes familiares.

Pregunta: El fin de las obligaciones.

Respuesta: Obligación viene de *obligare*, de ligazón, o sea, la palabra obligación. Etimológicamente tiene que ver con ligarse a algo, con enraizarse en algo. Ahora el sistema te induce a no tener obligaciones, a ser un adolescente hasta los 50 años, que nada ni nadie dependa de ti, que puedas estar haciendo el gilipollas hasta que tengas canas en la barba.

Pregunta: Antes, el asidero eran las virtudes cristianas.

Respuesta: Efectivamente, pero hoy la virtud es un término proscrito. Está mal vista. El hedonismo a corto plazo es un perverso genio de la lámpara, que promete la satisfacción inmediata de todos tus deseos, de todas tus voliciones. Flaco favor les hacemos a los adolescentes cuando les hacemos pensar que todo lo que deseen lo pueden cumplir de forma instantánea. Freud decía que la civilización es el trecho que media entre un deseo y su satisfacción. Si abolimos ese trecho, si todo deseo se satisface inmediatamente, mal vamos. Como decía el refrán castellano, cuando el camino es corto hasta los burros llegan.

Pregunta: Tampoco lo pone fácil la precarización actual.

Respuesta: Es algo que rebasa el ámbito laboral y afecta a todos los ámbitos de la vida. La precarización, entre otras cosas, es el mandato de disponibilidad constante. La abolición de esa frontera entre ocio y negocio, que hace 30 años creímos muy liberadora, ha derivado en una esclavitud extraordinaria. Al final el mundo del trabajo ha colonizado el mundo de la vida, y nos obligan a estar disponibles constantemente. Eso, sin duda, precariza nuestra vida.

Pregunta: Y padecemos el yugo de la sobreestimulación constante.

Respuesta: La atención se ha reducido a extremos históricos. La gente ya dice que las series de veinte minutos son largas y las ve a doble velocidad. Para muchos la atención es la nueva inteligencia o el nuevo medidor de la inteligencia. Una masa adocenada que no puede detenerse a pensar nunca porque está hiperestimulada es una masa fácil de pastorear.

Pregunta: Frente a ello, en un ensayo anterior, *Agitación*, recomiendas el aburrimiento.

Respuesta: Uno de mis maestros, José Bergamín, decía que el aburrimiento de la ostra produce perlas. Si tú no te aburres será muy difícil que pienses. Será muy difícil que no estés embistiendo todo el día los capotes de la publicidad, de la sociedad y de los que te rodean. Por eso aburrirse es muy importante y, en muchas ocasiones, es la condición necesaria para poder pensar.

Pregunta: Otro maestro, Pascal: nuestros males vienen de nuestra incapacidad de estar a solas en una habitación.

Respuesta: Es muy difícil decir algo que no hubiera dicho Pascal hace cinco siglos o los teólogos medievales hace diez o los sabios griegos hace 23. La condición humana no cambia. Y uno de los mitos de nuestro tiempo es pensar que se puede rectificar la naturaleza humana. Uno no puede saltar por fuera de su propia sombra, como dice el proverbio árabe.

Pregunta: Volvamos a los ejemplos.

Respuesta: ¿Tú recuerdas cuando nos enchiqueraron a todos en casa durante el confinamiento, cuando había algunos optimistas que decían que eso nos iba a enseñar las virtudes del *dolce far niente* e íbamos a aprender a estarnos

tranquilos y a tomarnos la vida con más calma? Luego nos volvíamos locos cuando el wifi se caía durante tres minutos.

Pregunta: Denuncias al “Dios del *consensualismo* democrático”.

Respuesta: Los existencialistas decían que, si Dios no existe, todo está permitido. Se equivocaban, porque es al revés. Si Dios existe, todo está permitido. Si tú suscribes el discurso de valores dominante, puedes hacer lo que te dé la gana. Lo único que debes pagar es el peaje del consenso, que por definición es un chantaje. El consenso presupone que hay una serie de verdades que no se pueden tocar ni cuestionar.

Pregunta: ¿Y si lo haces?

Respuesta: Si lo haces te conviertes en un aguafiestas o un *cortarrollos*, que es lo peor que uno puede ser hoy. Es interesante la etimología de rollo, que viene de rodillo. El rollo es un rodillo porque te arrolla. O te enrollas y eres muy divertido o te arrolla. El buen rollo es una de esas formas que adopta el consenso para abolir la disidencia. Hay ciertas cosas que es mejor no sacar, es mejor no meter el dedo en nuestras llagas. El intelectual, el filósofo, el escritor, tiene que hablar de esas cosas de las que no se puede hablar.

Pregunta: ¿Y el consenso en política?

Respuesta: Yo no estoy en contra de que haya grandes acuerdos en el Parlamento. La política es por definición fragmentación, discordia, desunión, disenso. Lo peligroso es que haya un consenso, lo peligroso es que haya cuarenta años de paz. Frente al consenso lo que tiene que haber es concordia, que es el acercamiento de los corazones, la voluntad de encuentro entre quienes piensan diferente. La concordia no exige que todos pensemos lo mismo. Exige que nos llevemos bien a pesar de que pensemos diferente.

Pregunta: Escribes: “Obvia es la entraña protestante del movimiento *woke*”.

Respuesta: En Estados Unidos, a partir de los años 70, la religión protestante va periclitando y en los campus estadounidenses aparece el posmodernismo. Fue una especie de reacción escéptica a los grandes relatos y, andando el tiempo, terminó convirtiéndose en un nuevo dogmatismo. Estableció una serie de verdades apodícticas, indudables. En la cultura de los últimos años el perdón ha quedado proscrito, ya no existe. Una persona a la que se descubra una opinión recusable manifestada hace 15 años está condenada para siempre.

Pregunta: La cancelación.

Respuesta: Hay una intención destructiva en todas las cancelaciones. De hecho, cancelar a alguien es un error gramatical, porque es imposible. Se puede cancelar un viaje, una cuenta, una reserva, que es mandar todas esas cosas al olvido. Pero ¿mandar una persona al olvido no es una muerte civil? La cultura *woke* es una suerte de puritanismo porque es la idea más pura del fanatismo. Fanatismo viene de *fanum*, que significa templo, y precisamente el fanático no quiere

mancharse con las impurezas que hay extramuros del templo. Por eso se mantiene en un circuito impermeabilizado a toda disidencia.

Pregunta: ¿Afecta a España?

Respuesta: Reconozcamos que toda la chatarrita averiada de Estados Unidos la acogemos en España a brazos llenos. Hay un libro clarividente, *La transformación de la mente moderna*, de Greg Lukianoff y Jonathan Haidt, en cuyo prólogo a la edición española leemos: “Querido lector español, pon escolleras, pon diques en tus costas, porque todo esto que te estoy contando, estos desvaríos en los campus estadounidenses no tardarán en llegar a tu país”. Los peores dislates que se cuecen en las marmitas estadounidenses llegan a España y nos los metemos hasta el fajín.

Pregunta: Leo en *Agitación*: “Perder el miedo a la muerte es condición necesaria para gozar la existencia”.

Respuesta: Freud decía que detrás de todos nuestros miedos siempre hay un miedo grande, que es el miedo a la muerte. Muchas de las neurosis y de los dolores del alma que nos acucian son concomitancias de este miedo a la muerte. Y eso está claro en nuestra época, que le gusta hacer las paces con nuestra naturaleza contingente, con nuestra naturaleza finita. A nuestra época le parece intolerable hablar de la muerte.

Pregunta: El nuevo tabú.

Respuesta: Desde hace unas cuantas décadas el tabú ya no es el sexo, sino la muerte. Y esto lleva auténticos dislates como el culto a la juventud. Hay gente que piensa que va a vivir eternamente. Viven amurriados y consternados porque no quieren asumir que la vida se acaba. Toda esta gente que promete la juventud eterna, que es como la taxidermia, se está ocupando de embalsamarnos y convertirnos en un bonito cadáver. En lugar de veinte años vamos a tener cuarenta años de ataques, alifafes, dolor de huesos y diferentes sinsabores. Hay que pensar si esto nos compensa.

Pregunta: Seguiremos enganchados a la misma agitación.

Respuesta: Lo del miedo a la muerte lo empecé a pensar de una forma muy prosaica. Surgió de conversaciones con mis amigos sobre sus planes veraniegos. Me di cuenta de que todos tenían programas absolutamente extenuantes. En sus cuatro días de vacaciones uno se iba al sudeste asiático a hacer *penduling*, una variante extrema del *puenting*, a quedarse colgado como un chorizo. Otro se iba a descender el Sella en kayak disfrazado de Doraemon, porque le hizo una promesa a su abuelo. Eran cosas auténticamente enloquecidas, que exigían unas nuevas vacaciones a la vuelta porque volvían rendidos.

Pregunta: ¿Así surgió *Agitación*?

Respuesta: Me obligó a plantear una hipótesis: ¿por qué estamos todo el tiempo haciendo cosas? ¿Por qué nunca podemos detenernos? ¿Por qué estamos siempre encomendándonos la tarea de no parar nunca? Bueno, quizá, porque no

queremos quedarnos a solas con nosotros mismos, porque nos da miedo ver esa parte en sombra que solemos soslayar cuando nos vemos en el espejo, porque en el fondo no queremos reconocer que el tiempo se nos acaba y que al final lo único que da sentido a las cosas es lo significativo y que al final reconocer que somos mortales no supone tampoco un desdoro a nuestra naturaleza.

Pregunta: Volvemos a Pascal.

Respuesta: Hubo una eternidad de nada antes de nosotros y otra eternidad después, pero eso no nos resta ni un ápice de dignidad. Para abolir el gran mal del alma que sufrimos deberíamos hacer las paces con nuestra propia naturaleza contingente.

Pregunta: Aspirar a la “esperanza que nada espera”, de María Zambrano, que citas en el libro.

Respuesta: Confundimos la esperanza con el optimismo. El optimismo no es más que una variante de la fe del carbonero. Es el campesino que ni riega, ni mira al cielo. Una cosa muy distinta es esta esperanza que nada espera. Aquí lo importante es vivir y vivir dignamente.

Le Monde

«La Derrota del Occidente» de Emmanuel Todd: ¿habrá que leerlo o no?

18 janvier 2024 | **Éric Le Bourg** | États-Unis - Europe - Littérature - Relations internationales - Russie - Ukraine



Nuestro cronista Éric Le Bourg nos presenta lo que puede aportar el último libro de Todd, sin meterse en los callejones sin salida de sus debilidades. De Moscú a Washington pasando por Kiev y París, ¿todo se hundirá?

(...)

Todo es familia

La tesis esencial de Todd durante décadas ha sido que los sistemas familiares – familia nuclear aquí (padres con hijos iguales entre sí, por ejemplo en la distribución de la herencia), familia tronco allá (desigualdad entre hijos bajo la autoridad del padre), familia comunitaria en otros lugares (igualdad entre hijos bajo la autoridad del padre)– explican muchas cosas en nuestras sociedades, si no todas.

En su nuevo libro, los diferentes sistemas familiares explican gran parte de la situación actual del mundo y, para decirlo rápidamente, toda su evolución. Así, explica que, en el siglo XX, los líderes alemanes y japoneses, que vivían en una sociedad de familias tronco, se desorientaron con su poder, ya que en su sistema familiar siempre hay un líder por encima de uno mismo para decir lo que hay que hacer. Sin un líder así, “el líder es fundamentalmente infeliz” (página 176) y “la pérdida de autocontrol de los hombres en la cima de la pirámide podría describirse como megalomanía inducida estructuralmente en la sociedad tronco” (p. 178), lo que significa que “esta incapacidad de los líderes de los países matrices para gestionar el poder también afectó a Japón, llevándolo al ataque a Pearl Harbor”. Esta tesis que apela a los pequeños problemas psicológicos de los líderes japoneses parece frágil y este deseo de explicar todo el progreso del mundo por un solo factor recuerda la carta de Engels que decía que “según la concepción materialista de la historia, el factor determinante de la historia es, en definitiva, la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca nada más. Entonces, si alguien tortura esta proposición para hacerla decir que el factor económico es el único determinante, la transforma en una frase vacía, abstracta y absurda”. Por su parte, Todd no necesita discípulos demasiado entusiastas para transformar los sistemas familiares en prácticamente “el único determinante” del progreso del mundo ya que él mismo lo hace.

En este nuevo libro, Todd plantea la hipótesis de que Occidente, liderado por Estados Unidos, probablemente perderá su lucha contra Rusia, dado que Occidente está en una pendiente descendente mientras que Rusia, después de haber tocado fondo en la década de 1990, está en una pendiente ascendente. Dice expresamente que Rusia ganará la guerra en Ucrania (“la derrota de Occidente [...] es una certeza”, p. 20), mientras se contenta con decir al final del libro (p. 370) que “los efímeros éxitos militares del nacionalismo ucraniano han lanzado a los Estados Unidos a una guerra de promesas ilusorias de la que no pueden escapar sin sufrir una derrota, ya no simplemente local, sino global: militar, económica e ideológica”; y a la espera de que “la gente de Washington [...] sea capaz de concluir una paz”, indica al mismo tiempo que “el estado sociológico cero de los EE. UU. nos impide, sin embargo, cualquier predicción razonable sobre las decisiones finales que tomarán sus dirigentes”, lo que, en última instancia, deja dudas sobre el resultado de la guerra. Por tanto, no sabemos realmente si Todd piensa que Occidente perderá o si optará por la guerra total para intentar evitar la derrota: porque en uno u otro caso, las consecuencias no son las mismas.

Una vez hechas estas observaciones preliminares, examinemos este libro sin volver sistemáticamente a la explicación de los acontecimientos por medio de los sistemas familiares, que es lo que se presenta a lo largo de todo el libro.

Rusia-Ucrania: penuria de hombres

En su introducción, Todd hace una presentación geopolítica clásica que, hasta donde yo sé, me parece razonable, incluso si sorprende que escriba (p. 14) que la guerra de Ucrania es un “acontecimiento sin precedentes para un continente que se creía instalado en la paz perpetua”, pareciendo olvidar las guerras en la antigua Yugoslavia desde 1991 entre Croacia y Serbia, hasta la intervención armada de la

OTAN en 1999. Presenta su proyecto y sus concepciones, a las que se puede estar de acuerdo o no, pero todo ello perfectamente argumentado.

Su primer capítulo explica que la Rusia de Putin ha cambiado mucho respecto al declive de la Rusia de Yeltsin, y en primer lugar en su situación sanitaria. De hecho, la mortalidad evitable, por homicidios, enfermedades cardiovasculares, alcohol, etc., disminuyó de 2000 a 2018 casi un 50%. La esperanza de vida, que había disminuido entre los hombres desde 1960 hasta 2005 y se había estancado entre las mujeres, ha aumentado constantemente desde entonces en ambos sexos hasta 2019, aunque los valores alcanzados son muy bajos (alrededor de 67 años entre los hombres, frente a unos 80 en Francia), antes de caer a causa del Covid, sin que se pueda establecer el impacto de la guerra en los hombres jóvenes. La desventaja de Rusia es la disminución gradual de su población en un territorio enorme, razón por la cual Todd cree que Putin sólo tuvo una breve ventana para atacar a Ucrania antes de que la población movilizable cayera demasiado, lo que Todd llama "la estrategia del hombre escaso". Sobre este punto podemos dudar, preguntándonos si realmente existió esta ventana: la guerra en Ucrania está matando a hombres relativamente jóvenes, aparentemente al menos por decenas de miles, hombres que, por lo tanto, no podrán reproducirse. Si añadimos a los que han huido al extranjero, podemos estar relativamente seguros de una caída de los nacimientos en Rusia en los próximos años, lo que empeorará aún más la situación demográfica. Hacer la guerra en estas condiciones predecibles parece una decisión sorprendente, a menos que admitamos que los rusos pensaban que ganarían en dos días con pérdidas mínimas, pero la guerra ya lleva dos años con pérdidas importantes: ¿habrían tomado esta decisión si hubieran evaluado mejor las capacidades de Ucrania al comienzo de la guerra? Todd no responde a esta pregunta pero, por el contrario, afirma claramente (p. 65) que no hay riesgo de que Rusia se proponga conquistar un país europeo: simplemente no tiene hombres para hacerlo. El razonamiento es imparable.

El siguiente capítulo sobre Ucrania no merece críticas negativas. Vale la pena leerlo atentamente para aquellos que quieran comprender lo que ha sucedido en Ucrania durante casi treinta años, en particular para aquellos que piensan que la emigración sólo se ha producido hacia Occidente, mientras que hacia Rusia fue masiva, y lo ha sido durante años. (...) Otros acontecimientos en el lugar me hicieron pensar que la situación en Ucrania, en particular el colapso total de su economía y la corrupción, era grave y plagada de riesgos para el futuro, pero nunca hubiera imaginado que una parte de la población terminaría haciendo la guerra contra la otra, como fue el caso durante la guerra con sus masacres masivas, y no sólo las cometidas por los nazis. También en este caso, que un país presa del exilio de millones de sus conciudadanos, tanto hacia el Este como hacia el Oeste, considere que la prioridad es hacer la guerra a los que quedan, no deja de sorprender, de modo que es evidente que la población de Donbass, entre otros, nunca más querrá ser parte de Ucrania.

Al no conocer suficientemente la situación en los demás países de Europa Central, capítulo 3 del libro, no hago ningún comentario al respecto, salvo que es

curioso que Todd escriba (p. 127) que "la economía centralizada fracasó en las democracias populares como en la URSS", para añadir que ellas se convirtieron en "la parte culturalmente más avanzada de la esfera soviética", que "ciertas democracias populares desarrollaron honorables especialidades técnicas: las industrias de Alemania del Este, de Bohemia o de Hungría" y que "sobre todo, la estaba bajo la tutela soviética de toda la Europa del Este significó un despegue educativo". En resumen, para Todd, parece que los regímenes socialistas de Europa del Este, que sucedieron a los regímenes autoritarios de antes de la guerra, excepto en Checoslovaquia, fueron un progreso al permitir el surgimiento de una población educada pero que no pudo mostrar todo su valor dada una economía poco dinámica, pero que todavía es capaz de un buen desempeño. Si comentáramos los capítulos anteriores, podríamos decir que, en general, todo está bien y no hay mayores motivos de crítica. Por desgracia, esto cambiará

Europa occidental: penuria de dioses

Europa occidental son los capítulos 4 al 7. En estos capítulos, podemos seguir o no el razonamiento de Todd, pero esto se vuelve difícil debido a problemas que vienen a molestar. Todd nos ofrece una imagen que todos conocemos: "Que las democracias occidentales están en crisis, e incluso que vivimos en una post-democracia, se ha convertido en un lugar común" (p. 146), lo que efectivamente es el caso. Luego, explica (p. 156) que con la aparición del "*vacío religioso absoluto con individuos privados de cualquier creencia colectiva sustitutiva [...] es en este momento que el Estado-nación se desintegra [...] en sociedades atomizadas donde ya no podemos ni siquiera imaginar que el Estado pueda actuar eficazmente*", lo que tal vez no traiga tantos apoyos.

Yendo más lejos, Todd escribe que "*es la llegada a un estado religioso cero lo que provocó la desaparición del sentimiento nacional, la ética del trabajo, la noción de una moral social vinculante, la capacidad de sacrificio por la colectividad*", lo que se asemeja a los peores discursos retrógrados en décadas, si no en siglos: **no creer más en Dios te vuelve perezoso, inmoral, indiferente al mundo, etc.** En resumen, como los capítulos anteriores sobre Rusia y Ucrania proporcionaron información a menudo poco conocida por el público en general y atrajeron a la reflexión, a partir de este momento se comienza a sentir un cierto malestar que se va acentuando poco a poco.

Así, explica la aceptación por parte de Alemania del sacrificio de su economía, al aislarse de la energía rusa, por el hecho de que "*Alemania es un país terriblemente envejecido donde la edad media alcanza los 46 años*" (p. 179) y que "*quizás esta renuncia lo que caracteriza es a la gerontocracia. Las personas mayores no son aventureras*". Tenemos la impresión de volver a razonamientos de los años 1980, o incluso anteriores, cuando algunos explicaban que el envejecimiento de la población envejecía a los individuos, incluso si eran jóvenes, como el demógrafo Alfred Sauvy en 1944, citado por Hervé Le Bras: "*El envejecimiento, hay que repetirlo, está lejos de afectar sólo a las generaciones mayores: afecta aún más a las generaciones más jóvenes, porque sumergidas desde su nacimiento en una población que envejece, tienen en cierto modo una impronta sobre las siguientes generaciones. Esto explica sin duda la debilidad*

del espíritu constructivo entre los jóvenes. Llevan veinte años inmersos en una atmósfera de vejez”

¿Cómo puede Todd, demógrafo, cometer semejante error: deducir de una variable observada a nivel de población, la edad media, las consecuencias que una actitud individual de retraimiento o de renuncia que sería atribuible al envejecimiento biológico? Se trata de un error clásico, conocido por los científicos, que consiste en correlacionar la fertilidad femenina y la longevidad en diferentes países (los países pobres tienen una alta fertilidad y una baja esperanza de vida y lo contrario ocurre en los países ricos) para concluir que, en un país determinado, las mujeres que tienen más niños mueren antes, lo que no es el caso: **las diferencias entre grupos no permiten ninguna conclusión sobre las diferencias entre individuos.**

Todd concluye el capítulo 7 dedicado a Escandinavia con la mención del efecto Flynn. Expliquemos qué es, porque merece la pena. Los estudios del cociente intelectual (CI) se basan en pruebas que se calibran sobre la población en un año determinado, para garantizar que la media de esta población sea igual a 100. Cada individuo obtiene una puntuación de CI: si es superior a 100, su CI es superior a la media de la población. Los investigadores han observado que a medida que avanzaban las generaciones del siglo XX en diferentes países, los puntajes de coeficiente intelectual aumentaban, algo llamado efecto Flynn, que lleva el nombre de un investigador, y que puede deberse a la mejora de la nutrición, la educación, la salud, etc. En resumen, cuando las condiciones de vida mejoran, el desarrollo intelectual puede beneficiarse, y no sólo el físico. Más recientemente, otros investigadores han explicado que, durante los últimos treinta años, se ha observado un efecto Flynn inverso: las puntuaciones de coeficiente intelectual han ido disminuyendo. Este punto no está claro: en Francia se realizó un único estudio con solo 79 personas, este efecto se observó entre 2006 y 2018 en Estados Unidos para ciertas pruebas, pero no para otras, y este efecto se reporta en los países escandinavos, como afirma Todd. dice (pág. 235). En Dinamarca observamos descensos repentinos entre los hombres jóvenes de 18 años entre 1990 y 1992, luego un estancamiento, que es difícil de conciliar con una hipótesis de un lento deterioro de la inteligencia. Todos estos resultados deberían incitar a la cautela: si las puntuaciones aumentaron significativamente durante el siglo XX, no es seguro que disminuyan en los últimos años. Quizás también se trate de una limitación de las puntuaciones de CI, como hemos observado durante varios años con respecto a la altura, el rendimiento deportivo o la esperanza de vida: CI, altura, rendimiento deportivo o esperanza de vida no soportan un aumento indefinido. Una segunda razón para ser prudentes está ligada a las causas posibles de este efecto Flynn invertido que, para algunos, podría deberse a los inmigrantes menos inteligentes que los autóctonos, lo que nos recuerda los delirios racistas reportados por Stephen Jay Gould en *La falsa medida del hombre*. Además, uno de los autores del estudio francés citado anteriormente era conocido, aunque lo hacía con tacto, por sus opiniones controvertidas sobre los vínculos entre la inteligencia y los orígenes étnicos, lo que nos anima a leer sus estudios tomando suficiente distancia.

Como vemos, todo este contexto hace que **haya que ser cautelosos antes de aceptar la idea de que, en definitiva, la inteligencia está disminuyendo en Escandinavia, Estados Unidos o incluso Francia**. Por lo tanto, esperábamos la misma precaución por parte de Todd. Lamentablemente, este no es el caso, ya que escribe (p. 235) que "Escandinavia, sin embargo, no es inmune a la caída de los coeficientes de inteligencia que observamos en la mayoría de los países protestantes" y menciona el estudio sobre los Estados Unidos que va en este sentido, y que vuelve a citar en su capítulo sobre Estados Unidos (p. 259). La desagradable impresión que uno se lleva es que, dejando de lado la precaución, Todd está buscando cualquier cosa que respalde su tesis de que los países protestantes están a la deriva.

Estados-Unidos: penuria de cuidados

Todo esto es una vergüenza porque, en su capítulo 8 sobre los Estados Unidos, Todd es capaz de demostrar, sin forzar la nota, que la situación sanitaria en este país es catastrófica, ya sea en términos de esperanza de vida, mortalidad infantil o enormes gastos sanitarios con resultados deplorables (págs. 245-248). En mi opinión, el resto del libro no requiere comentarios negativos: Todd expone sus tesis y conclusiones que podemos aceptar, discutir o rechazar. Seguramente los expertos en geopolítica discutirán el libro y los ciudadanos comunes y corrientes que lo lean tendrán con qué pensar.

Para concluir, Todd da su punto de vista, que es discutible y discutido. En su nuevo libro lleva hasta el final su lógica sobre los efectos de los sistemas familiares, añadiendo el fin de las religiones en Occidente y el desorden que esto provocaría en la población y entre las élites. Muchas cosas en este libro son para debatir y requieren reflexión, aunque no necesariamente sigamos al autor en todos sus razonamientos, que es mi caso. Por tanto, podemos dudar de su "*visión más amplia de la geopolítica y de la historia, que integra mejor lo que es absolutamente irracional en el hombre, en particular sus necesidades espirituales*" (p. 32) en la determinación de los acontecimientos recientes. Es, sin embargo, una pena que Todd contamine, de alguna manera, su enfoque con argumentos que no son aceptables, porque carecen de fundamento desde un punto de vista científico o son dignos de los lugares comunes más retrógrados. La última pregunta es, por supuesto, si leer el nuevo libro de Todd. Digo que sí sin dudarlo porque, incluso si Todd se equivocara, nos obliga a pensar, más allá de los lugares comunes habituales, por ejemplo eso de los "malos rusos" y los "buenos ucranianos": las cosas no son tan simples. Veremos si se produce la "derrota de Occidente" en Ucrania.

La Défaite de l'Occident, Emmanuel Todd, avec la collaboration de Baptiste Touverey, Hors série Connaissance, Gallimard, 11/01/2024, 23 euros.

Emmanuel Todd

LA DÉFAITE DE L'OCCIDENT



Gallimard

<https://agendapublica.elpais.com/noticia/19024/caida-protestantismo-debilitamiento-occidente>

<https://extramurosrevista.com/emmanuel-todd-asistimos-a-la-caida-final-de-occidente/>

<https://www.eluniversal.com/internacional/173232/estamos-siendo-testigos-de-la-caida-final-de-occidente-explica-emmanuel-todd-en-su-nuevo-libro>

Como los punks y los situacionistas, con los que comparte una cultura común innegable, el hombre <Cobain de *Nirvana*> pudo constatar el carácter inmediatamente soluble de toda contracultura en el capitalismo. Puedes vestirse como el último de los vagabundos, colocarse en la marginalidad más total y predicar el anarquismo más radical; la sociedad del consumo podrá hacer de ello un espectáculo, volver en un periquete vuestra anti-moda en moda a secas, y hacer de vuestra lucha un objeto de consumo como cualquier otro. Quizás el malestar profundo de Cobain y de Nirvana con respecto a la celebridad y al éxito venía también de esta clara consciencia de que todo lo que es revolucionario servirá en última instancia a la máquina burguesa, que se nutre de ellos permanentemente, y a la que habrá que subirse tarde que temprano puesto que ella hará fatalmente de vuestro mensaje subversivo un *entertainment*, una diversión. Terminar por sumarse, no era eso, «*arder a fuego lento*»?

El 8 de abril de 1994, Kurt Cobain, cantante y guitarrista de la banda estadounidense de grunge Nirvana, fue encontrado muerto en su casa de Seattle, Washington. Los investigadores forenses determinaron más tarde que había muerto tres días antes, el 5 de abril.